

# GUILLERMO DE TORRE: ESTAMPAS DE UNA VIDA AL PIE DE LAS LETRAS

## GUILLERMO DE TORRE: PRINTS OF A LIFE AT THE FOOT OF THE LETTERS

Pablo Rojas Sánchez  
*Profesor tutor de Literatura*  
*UNED Talavera de la Reina*  
*Lección inaugural, 25 de octubre de 2023*

Director, autoridades, colegas, alumnos, queridos amigos. De sobra está decir, pero quiero subrayarlo, que este es un alto honor que me concede el Centro Asociado de la UNED en Talavera de la Reina pues resulta para mí extremadamente gratificante y, posiblemente un exceso, dirigirme a tan selecto público en la que desde muchos años es mi casa. Quiero dar las gracias al nuevo director D. David Morales Díaz, al que deseo toda suerte de parabienes en este camino que ahora emprende y también a D. Enrique Martínez de la Casa que abandona la nave, dejándola bien orientada, para explorar nuevos y agradables territorios como son los de la jubilación (que viene de júbilo, gritos de alegría, como sabemos, en su etimología latina).

Cuando terminé, hace ya algunos años, COU (yo era, como tantos otros, un adolescente indeciso que no sabía muy bien hacia dónde orientar su camino formativo y profesional), una de mis expectativas era estudiar Filología Española, también me sentía inclinado hacia la Filosofía. Pero entonces mi familia no podía afrontar los gastos que tales retos exigían. Opté por algo que se le parecía bastante: estudié Magisterio en Toledo en la rama de Filología e Idiomas Modernos. Por fortuna, algún tiempo más tarde, comencé a trabajar como maestro, pero en mi interior latía un deseo insatisfecho: el reto de completar esos truncados estudios de Filología. La UNED me permitió saldar esa deuda contraída conmigo mismo y la madurez me permitió disfrutar de los estudios. Tanto fue así que decidí continuarlos y alcancé a terminar, también en la UNED, mi tesis doctoral. Debo recordar aquí a su director, D. Julio Neira, que entre tanto nos ha dejado.

Mientras trabajaba como maestro comenzó a picarme la curiosidad por el mundo de la investigación. Eso me llevó a un poeta talaverano, hoy prácticamente desconocido, llamado Ernesto López-Parra. Nacido en 1895, su breve trayectoria poética (publicó cuatro libros), le llevó por los senderos creativos entonces en boga: tras unos inicios modernistas, se subió al carro del vanguardismo español representado por lo que se conoció como ultraísmo. Después escribió poemas deudores de la poesía sensitiva de Juan Ramón Jiménez hasta dar en la poesía comprometida. Poco antes de estallar la guerra civil, en 1936, publicó un volumen titulado *Auroras rojas*, inspirado en los sucesos de la revolución asturiana del 34. De ideas republicanas, padeció prisión y murió en 1941 en el penal de Ocaña, víctima de la tuberculosis. Coincidió allí, por cierto, con Miguel Hernández, fallecido en circunstancias similares.

Ernesto López-Parra me descubrió el ultraísmo, la forma hispana del vanguardismo que, con distintas caras, recorría Europa a comienzos del siglo XX. Esas caras portaban nombres como futurismo, dadaísmo, creacionismo, expresionismo o surrealismo.

El ultraísmo y la vanguardia en general me subyugaron. No tanto por la obra que sus creadores fueron capaces de generar sino por aquel indómito espíritu juvenil que les animaba y que tenía como fin arrumbar los viejos y ya decrepitos muros del modernismo. También la peculiar idiosincrasia de sus cofrades (envueltos en mil aventuras y polémicas) y la sugestiva belleza de sus revistas, hacían que fuera fácil confraternizar con sus propuestas.

Leí todo lo que se había escrito sobre el ultraísmo y di a la imprenta mi primer libro, dedicado justamente a López-Parra y a su paso por el Ultra.

No obstante, uno se daba cuenta de que la voz cantante de aquella aventura la llevaban dos personajes: Rafael Cansinos Assens, hombre más próximo por edad al Modernismo, pero lo suficientemente sagaz para percibir que la literatura española necesitaba oxigenarse y actualizarse, y un joven atrevido y atrabiliario dispuesto a comerse el mundo: el madrileño Guillermo de Torre. Fue este último el que inventó el nombre de “ultraísmo”, aunque Cansinos se apropió de él para bautizar al recién fundado movimiento literario de avanzada.

Nuestro López-Parra pasó por el Café Colonial de Madrid en donde se reunían los ultraístas la noche de los sábados, bajo el severo patronazgo de Cansinos. También coincidió con Torre en las revistas ultraicas, por ejemplo, en la más depurada y hermosa del movimiento: la madrileña *Vltra* que se mantuvo en pie a lo largo de 24 entregas entre 1921 y 1922. López-Parra coincidió allí también con Jorge Luis Borges, de paso entonces por España, acompañado de su familia, entre ellos de su hermana, la pintora Norah Borges, que colaboró también en las revistas ultraístas. Fue entonces cuando Guillermo de Torre conoció a Norah y entre ambos prendió la llama del amor.

López-Parra también coincidió con Torre en la segunda velada ultraísta que, imitando las *seratas* futuristas o las *soirées* dadaístas, se celebró en el Ateneo madrileño el 30 de abril de 1921. Se había celebrado previamente otra velada, en este caso en un lugar menos distinguido: el bello café Parisiana, situado por la zona de Moncloa en Madrid, hoy desaparecido. En ella participó López-Parra, provocando cierto revuelo entre el público dado que sus poemas no fueron lo suficientemente vanguardistas. Ese diletantismo provocó que fuera “excomulgado” del ultraísmo y su firma quedara vetada en *Vltra*. Guillermo de Torre no participó en aquella velada porque la invitación no llegó a tiempo: vivía por entonces en Puertollano, en donde su padre ejercía como notario.

Pese a todo, Guillermo de Torre publicó los dos libros más importantes del ultraísmo: el poemario *Hélices* y el libro de crítica literaria *Literaturas europeas de vanguardia*. El primero, lleno de esdrújulos, neologismos y parafernalia técnica se ha convertido en el libro más representativo del ultraísmo, pese a lo pedregoso de su lectura. El propio Torre se dio cuenta de que no estaba dotado para la lírica y, salvo algunos otros versos amorosos dedicados a Norah, decidió cortarse la coleta como poeta tras aquella tentativa. Sin embargo, sus *Literaturas* fueron todo un éxito, pues lo convirtieron en una de las firmas más reputadas del vanguardismo europeo e hispanoamericano. Sorprende en persona tan joven la madurez y la hondura de sus conocimientos al historiar unos fenómenos que, en algunos casos, todavía no habían fenecido o, incluso, se hallaban en pleno proceso de maceración, como ocurría con el surrealismo, al que Torre prefirió llamar superrealismo.

A partir de aquel momento su trayectoria se centró de forma unívoca en el trabajo crítico que, como su maestro José Ortega y Gasset, cultivó desde una doble perspectiva: crítica elaborada para un público más selecto canalizada a través de revistas especializadas y libros, junto con otra más “popular”, destinada al lector común que se materializaba en forma de artículos y

reseñas publicados en periódicos y revistas generalistas: colaboró de este modo en cabeceras como *El Sol*, *Luz*, *La Voz* o *Diario de Madrid*.

Torre fue un consumado publicista de su obra. Envío tanto *Hélices* como *Literaturas* a todo aquel que podía escribir una reseña en periódicos o revistas. Uno de los que lo recibió fue Ernesto Giménez Caballero que dio cuenta del estudio crítico de Torre en *El Sol*. Según confesión del propio Giménez Caballero ese libro fue el germen de uno de los periódicos culturales más importantes de la historia de España. Se trata de *La Gaceta Literaria* en donde, entre otras cosas, halló su asiento lo que después hemos conocido como Generación del 27. A lo largo de 1926, Torre y Giménez Caballero trabajaron codo con codo buscando financiación, conformando el equipo de redacción y colaboradores y diseñando el contenido de la publicación. *La Gaceta Literaria* vio la luz en enero de 1927 con un editorial escrito por quien sus impulsores tenían como guía espiritual: don José Ortega y Gasset.

Pero de Torre tiraban otras incitaciones. Echaba de menos a Norah y, desde algún tiempo atrás, buscaba la forma de reencontrarse con su amada. Por fin, en septiembre de 1927 dio el salto transoceánico y llegó a Buenos Aires, en donde fue acogido por los Borges. Comenzó pronto a trabajar en una de las cabeceras porteñas más prestigiosas: el diario *La Nación*, aunque sus colaboraciones (fundamentalmente reseña de libros poco estimulantes) eran sin firma. A la par, desplegó su talento por revistas culturales de diversa índole y con el dictado de varias conferencias, una de ellas dedicada a la pintura moderna en Montevideo. También se abrió camino en el campo editorial trabajando para los Urgoiti en la delegación porteña de Espasa.

El 17 de agosto de 1928 se casó por fin con Norah. A su hermano Jorge Luis no le satisfizo el enlace. Ello no obstó para que ambos colaboraran en diversas iniciativas, por ejemplo, en la fundación de una de las revistas más emblemáticas y longevas (duró hasta 1992) de Hispanoamérica. Hablamos de *Sur*, cuyo factótum principal fue la escritora Victoria Ocampo, quien contó con Guillermo de Torre como secretario en su primera etapa. Mucho tuvo que ver en la orientación estética e ideológica de la revista, inserta en las aguas calmas del liberalismo, alérgica a los extremismos que ya comenzaban a enfangar la cotidianidad de las gentes.

Como decimos, la relación entre los cuñados no fue nunca confianzuda. Eran dos mundos distintos e incluso opuestos: Torre más serio y metódico, Jorge Luis más caótico e imaginativo. En las charlas que Borges mantuvo con su amigo Adolfo Bioy Casares son numerosos los pasajes en los que el primero habla pestes de su cuñado. No obstante, Torre hizo numerosas gestiones para que Borges publicara sus textos, sobre todo en los primeros años. Se cuenta la anécdota de que en cierta ocasión le preguntaron a Borges cómo era su relación con Guillermo a lo que respondió guasón: “Buena. Ni él me oye, ni yo le veo”.

Tal vez por ese ambiente familiar, porque nunca se acabó de adaptar del todo al ambiente argentino o por la añoranza que sentía hacia ese Madrid castizo en el que no le faltaba una tertulia en la que echar la tarde, Torre decidió regresar a España, acompañado ahora de su esposa. La llegada de la República, con la que simpatizaba, le resultó una ocasión propicia e incluso barajó la posibilidad de optar a algún cargo político. Sin embargo, esa ensoñación fue pasajera porque rápidamente se adaptó al clima efervescente de la capital y no era raro encontrarle en todo tipo de actos culturales: ágapes por la publicación de algún libro, homenajes a escritores, inauguraciones de exposiciones, desagravios a algún intelectual, etc.

El arte, de hecho, junto con la literatura constituyó una de sus grandes pasiones, sobre todo el arte moderno. No tardó en involucrarse en varias asociaciones artísticas que pretendían, como ya había ocurrido con el ultraísmo, superar el arte decadente en boga. Participó de este modo en la SAI (Sociedad de Artistas Ibéricos) y colaboró en su revista llamada escuetamente *Arte*: escribió allí sobre uno de sus amigos: Salvador Dalí. También tuvo un papel destacadísimo en otra agrupación: ADLAN (Amigos del Arte Nuevo), una sucursal madrileña de la catalana Amics de l'Art Nou. Con unos y otros organizó exposiciones que viajaron por Europa: pasó de

este modo dando conferencias por Berlín o Copenhague. No obstante, quizá la iniciativa más destacada fue la organización de la primera exposición panorámica de Picasso que se hacía en España y que, en los primeros meses de 1936 pasó por Barcelona, Madrid y Bilbao. Guillermo de Torre fue el encargado de escribir el catálogo, que completó con una copiosa bibliografía, la primera que se publicaba en España sobre el genio malagueño.

El estallido de la guerra civil, que le pilló de improviso preparando sus vacaciones de verano, truncó el esperanzado futuro que al lado de Norah le ofrecía su querido Madrid. El temor a que pudiera sufrir represalias en un ambiente llenó de miradas acusatorias le indujo a tomar la decisión de trasladarse temporalmente a París. No era ese el alegre París que había conocido en ocasiones anteriores sino uno mucho más espectral, poblado por españoles con el alma en vilo. En aquel París penumbroso visitó a Picasso que le mostró “El Guernica” por entonces en plena elaboración. El pintor se quedaría en la capital gala hasta la ocupación alemana. Se cuenta la anécdota de que un gerifalte nazi, tras contemplar su famoso cuadro le preguntó si él había sido el autor de la obra: “No, respondió, eso lo habéis hecho vosotros”.

En París tuvieron Norah y Guillermo a su primer hijo: Luis Guillermo. Tras algunos titubeos pensando que la situación mejoraría en breve tiempo y alguna propuesta mexicana para marchar a la capital azteca, el peso de la familia hizo que optaran por regresar a Buenos Aires, acogidos de nuevo por los Borges. Torre no tardó en aprovechar sus contactos y volvió a colaborar en las revistas y periódicos porteños. También se involucró en proyectos editoriales a través de Espasa-Calpe. Les propuso, al modo de los libros que editaba la inglesa Penguin, abrirse camino en el campo de las ediciones de bolsillo y fruto de esta idea fue el nacimiento de la Colección Austral, que tanto habría de brillar a lo largo de los siguientes decenios y que tanto hizo por la extensión de la cultura en nuestro país. El propio Torre dirá en alguna ocasión que, si se le hubiera ocurrido quedarse con un pequeño porcentaje de cada volumen, se habría hecho millonario. El formato de los libros fue obra del pintor italiano radicado en Buenos Aires Attilio Rossi. Para distinguir las portadas haciendo hincapié en el hecho de que los libros se publicaban en el hemisferio sur, Rossi insertó como logo un oso. Al verlo, Jorge Luis Borges exclamó: “osos polares en el hemisferio sur”. Fue la sentencia para que el logo se cambiara por un carnero, inspirado en el símbolo de Capricornio al que se le sumó una cola vegetal, que habría de convertirse, junto con los distintos colores de las portadas que diferenciaban el género, en la seña distintiva de la colección. Torre decidió que el número inaugural de la colección fuera *La rebelión de las masas*, de su admirado Ortega y Gasset.

Los asuntos editoriales se torcieron debido a la contienda que vivía España. A Espasa-Calpe Argentina se le prohibió publicar libros de autores malquistos por el franquismo lo que provocó que varios de sus empleados decidieran crear una empresa por su cuenta. Capitaneados por Gonzalo Losada fundaron una nueva casa editorial, llamada justamente Editorial Losada, que tuvo unos inicios fulgurantes con la publicación de numerosos libros en su primer año de existencia. Torre jugó un papel capital en aquella aventura: se ocupó de varias colecciones, escribió las solapas y los prólogos de muchas obras y se convirtió en temido juez a la hora de seleccionar colaboraciones. Famoso es su rechazo del libro de Gabriel García Márquez *La Hojarasca*, del que el colombiano da cuenta en sus memorias: *Vivir para contarlo*.

Torre dio cabida en la empresa a muchos escritores exiliados, también publicó obras de autores por entonces censurados en España. Fue el caso de su amigo Federico García Lorca. Se conocieron ambos a principios de los años 20 en los cafés de Madrid. Torre visitó al granadino en diversas ocasiones durante su estancia en la Residencia de Estudiantes. Los dos, obligados por sus padres, estudiaron la carrera de Derecho, aunque nunca ejercieron ningún cometido relacionado con tal disciplina. La vocación literaria pudo mucho más en los dos. Se dio, además, la curiosa circunstancia de que juntos terminaron la carrera de Derecho, pero no en Madrid sino en Granada. Allí se dirigieron ambos a comienzos de 1923, Torre para superar una asignatura

que se le resistía: Hacienda pública, que finalmente logró aprobar. Años después, Torre sería el primero en publicar, a través de Losada, las primeras *Obras Completas* de Lorca, a lo largo de ocho volúmenes entre 1937 y 1946.

Pese a sus ideas republicanas, Guillermo de Torre fue un liberal renuente a las posiciones dogmáticas de izquierda y derecha. No tardó en entablar relaciones con los intelectuales menos intransigentes que quedaban en España. Con ellos tardó poco en cartearse. Volvió a España por primera vez en noviembre de 1951 y, a partir de ese momento, en sucesivas ocasiones. Pasaba amplias temporadas en su querido Madrid, en donde residían sus padres y su hermana. Tendió puentes entre el exilio y el elemento liberal que residía en España. Quiso que sus libros y su obra se leyeran en España y no tardó en abrirse camino en revistas más aperturistas como *Ínsula*, *Índice* o los celianos *Papeles de Son Armadans*. También publicó artículos con regularidad en ABC, y sus libros comenzaron a editarse en España, entre ellos su *Historia de las literaturas de vanguardia* (1965), una versión completamente remozada de sus Literaturas europeas de vanguardia, publicadas cuarenta años más tarde. Pasó ahora de ejercer el papel de abogado defensor al más exigente de fiscal.

Entre sus iniciativas para entablar vínculos entre la España peregrina y la peninsular tenemos que destacar la idea de fundar una revista llamada justamente “El Puente”, destinada a circular por España y por Hispanoamérica. Además de cultural, tenía también un componente político, pues pretendía servir de ariete frente a la larga dictadura franquista. Por desgracia, la propuesta no frugó: problemas de financiación y de censura imposibilitaron su nacimiento.

Sin embargo, aquella idea dio un fruto inesperado: una colección de libros, de espíritu similar, publicados por EDHASA, bajo la dirección de Guillermo de Torre, dentro de una colección llamada justamente “El Puente”. Tras sus portadas, de vivos colores y con la imagen de un puente español diferente en cada una de ellas, publicaron autores de uno y otro lado del Atlántico. La primera etapa de la colección, dirigida por Torre, publicó un total de 28 libros entre 1963 y 1968.

Son algunas pequeñas estampas de una trayectoria intelectual intachable, realizada con un doble fondo: como autor, Guillermo de Torre publicó 22 libros y miles de artículos; no menos destacada es su intervención en el medio cultural como promotor de revistas, organizador de exposiciones artísticas o editor de libros.

Quiero cerrar mi intervención con unas palabras que Gonzalo Losada dedicó a Torre cuando este falleció en Buenos Aires en 1971, poco después de tener que abortar su estancia en Madrid, aquejado por algunas dolencias que presagiaban su pronto final:

«Por encima de sus curiosidades, de sus inquisiciones y de sus precisiones, encontramos en su obra, como un hilo invisible e insobornable, el amor a la libertad del hombre y a la democracia de los pueblos».

Muchas gracias.